

LA PARADOJA DE LA COMUNICACIÓN SIN FRONTERAS. LA «FRACTURA DIGITAL»

M^a AMOR PÉREZ RODRÍGUEZ
Universidad de Huelva

RESUMEN

Cada vez es más llamativo comprobar cómo la información circula por el mundo sin trabas aparentes y de manera homogeneizadora. Las empresas mediáticas, Internet muy por encima, y el poder económico -de forma incuestionable- controlan los círculos y flujos de información sin que la mayoría de las personas usuarias, protagonistas y receptoras de la misma sean conscientes de que no es tan libre ni tan transparente. Fomentar una alfabetización y una cultura mediática que permita el uso competente de los medios difusores y la construcción coherente del conocimiento permitiría solventar las diferencias, fracturas y discriminaciones que ya son una realidad en la sociedad digital.

ABSTRACT

These days it is more and more evident to verify how the information goes round the world in an homogenous way and without no obstacles in the way. The media enterprises, particulary Internet, and the economic power -without a doubt- control the circles and flows of information without the users begin aware of it. The majority of users, centre of attention and receivers of the same are unaware that information is neither so free nor so reliable. If we rather fostered and improved literacy that allowed and adequate and competent use of the broadcasting media we would solve the differences and discriminations that are already a reality in our digital society.

PALABRAS CLAVES: Globalización, información, comunicación, fractura digital, alfabetización mediática

KEY WORDS: Globalization, information, communication, digital fracture, mass medialiteracy

Las manifestaciones que se han ido sucediendo de manera casi simultánea contra la guerra de Irak son una muestra de hasta qué punto el fenómeno de la globalización hace posible una sincronía, al menos aparente, entre culturas, gentes y espacios muy dispares. Pero, no deja de ser, de forma paradójica, una muestra muy palpable de que esa tan traída y llevada globalización sigue siendo un arma de doble filo, o cuando menos una posible trampa interpuesta en la maraña de la Babel de nuestro mundo. Si bien es cierto que la convocatoria ha roto fronteras, barreras ideológicas, índices de respuesta, conformando una sintonía multicolor para la Paz, no podemos dejar de lado que las repercusiones de este conflicto no han sido, ni con mucho, las de otros muchos tan dolorosos e injustos para la población de a pie. Porque indudablemente el poder que sostiene esa homogeneización

de nuestras ideas y nuestros modos de vida, por un lado, provoca el conflicto y, por otro, lo maquilla y lo transforma, e incluso promueve posibles soluciones para garantizar su preeminencia y su dominio. Una rara recurrencia que persigue siempre el mismo fin: lo económico. El petróleo, las armas... y contra ellos las conciencias de hombres y mujeres que se resisten a ser manipulados, defendidos, protegidos... De una parte, el mundo que controla la información; de otra, el que apenas si tiene medios para llegar a ella; de un lado, la comunicación vestida de libertad y transparencia; de otro, el olvido de los que no tienen voz; en el centro el poder de la Red, en el extremo la «brecha digital».

LAS PARADOJAS DE LA GLOBALIZACIÓN

La comunicación sin límites sin duda ha ejercido de mediadora eficazísima en este panorama que supera con creces las expectativas de la «aldea global». En el mismo tiempo y en un espacio *cuasi* único, hemos visto el grito de Paz de cualquier rincón del mundo, en distintos idiomas, con diferentes banderas, en escenarios diversos, con frío, lluvia o calor, de día o de noche... como si la pantalla de nuestra televisión o la antena de la radio, o el texto del periódico o Internet se hubiesen transformado en un ojo panorámico.

Sin embargo, y a pesar de lo positivo de este ejemplo de globalización y poder mediático, no podemos sucumbir a la mentira de esa trampa que la comunicación en nuestros días teje de manera sibilina.

A pesar del reconocimiento de los avances y progresos de nuestro mundo, la globalización no ha supuesto una mejora en la calidad de vida de todos los habitantes del Planeta como habían previsto en sus inicios la comunidad de internautas que empezó a sentir esa comunidad de ideas. Muchos han puesto en evidencia que tal proyecto de armonía en la liberalización del conocimiento y lo que ello podía implicar para la estabilidad democrática y la expansión de las ideas, o la promesa de un mundo fantástico e ideal tecnológico -que profetizan los defensores a ultranza de la magnificencia de la tecnología- no han conseguido que la sociedad en la que vivimos sea más justa, las riquezas se distribuyan de forma más equilibrada y el poder responda a criterios democráticos.

La invención de la imprenta por Gutenberg en 1445 fue la primera gran revolución de la época moderna, que generó «una cultura escrita universal para una elite informativa» (Chomsky y Dieterich, 1999: 162). La radio, en los años veinte, constituyó «la cultura auditiva de masas, seguida por la revolución comunicativa de las imágenes televisivas de los años cincuenta». Después, el uso masivo de las computadoras puede considerarse la cuarta revolución. A partir de los ochenta, y hasta prácticamente nuestros días, vivimos la revolución de los multimedia, en donde convergen las funciones del teléfono, la televisión y la computadora en una sola tecnología que ha logrado la comunicación instantánea mediante la transmisión de imágenes, datos y voces. Esta última revolución está creando la cultura cibernética que es la primera cultura realmente universal en la historia del hombre.

Las tecnologías, sus usos o aplicaciones facilitan nuestra vida y dilatan el horizonte de nuestras limitaciones materiales, son ya como una parte más de nosotros. No obstante, son

muchos los que piensan que «el crecimiento sin control de la tecnología destruye las fuentes esenciales de nuestra Humanidad, crea una cultura sin fundamentación moral y socava algunos de los procesos mentales y de las relaciones sociales que hacen que una vida humana merezca ser vivida» y por tanto pueda decirse que «en definitiva, la tecnología es tanto un amigo como enemigo» (Postman, 1994). Y de forma más crítica aún, Chomsky y Dieterich (1999: 162), han señalado cómo las tecnologías crean un mundo nuevo, propio y global, en el que la realidad virtual tiene un elevadísimo poder de «indoctrinamiento», pues el nuevo mundo global se está creando a la imagen de unas pocas empresas transnacionales.

En cualquier caso, pocas son las dudas en cuanto a las potencialidades de Internet y en cuanto a cómo ésta juega un relevante papel en las economías actuales, propiciando un progreso sin precedentes en todos los ámbitos del desarrollo social. De forma paralela, la Red es la base de la sociedad del conocimiento y constituye la principal fuente de generación, difusión e intercambio de información, de comunicación directa, de suministro de servicios, intercambios y transacciones comerciales.

El acceso a esta tecnología, la competencia en su uso y la capacidad para la selección y generación de su información se rebelan como aspectos fundamentales para las personas. Sobre todo, para evitar esa paradoja que se está produciendo en una sociedad que aunque se caracteriza por la hipertrofia de la información, genera una clara y cada vez más preocupante división entre los que se han empezado a llamar «info-ricos» y los «info-pobres».

La información se ha convertido en un producto comercial, en un bien de consumo que se controla y suministra de manera secuenciada, permitiendo o restringiendo la accesibilidad, según el poder económico o la competencia en su selección, y que inevitablemente actúa como motor de cambio de la sociedad. Hasta tal punto ésta es importante en el ámbito de nuestra civilización que se percibe como uno de los elementos desencadenantes de los vertiginosos cambios a los que asistimos y, en consecuencia, es la marca definitoria de nuestra era, llamada era de la información, de las comunicaciones, del conocimiento, digital...

La brecha digital es una expresión palpable de las desigualdades profundas existentes en la sociedad. Lo más llamativo es que nos preocupe tanto esta cuestión y se olviden otras brechas mucho más significativas -la pobreza, el hambre, la marginación-. Quizás ésta y las otras vayan muy unidas, porque, en definitiva, nuestro mundo se ha organizado de tal forma que los medios y las tecnologías sirven de cauce para mostrar las tremendas desigualdades que se producen, y a la vez se convierten en factores desencadenantes de las mismas. Por ello, sería interesante abogar porque éstos contribuyesen también a lograr un desarrollo humano más justo y equilibrado.

INTERNET, LA INFORMACIÓN SIN FRONTERAS

El desarrollo de la revolución digital se ha constituido en un mito que explica las claves de nuestro tiempo, de forma que para algunos nos situamos en una nueva revolución tecnológica, basada, precisamente, en la tecnología digital, en la que el poder se ha instaurado en los medios financieros y de las telecomunicaciones (Area y otros 2001: 14); otros vaticinan un mundo fantástico -Gates, Negroponte, Winner-; se habla de la Generación

Internet y también hay serios detractores de los beneficios tecnológicos en relación a los usos sociales y sobre todo en cuanto a la distribución del conocimiento, y especialmente en el ámbito de la educación.

Para la mayor parte de la humanidad la era de la información resulta ser una falacia y está muy lejos de la realidad, pues aproximadamente el 80% de los usuarios de la Red se concentra en el mundo más desarrollado, mientras que en los países menos favorecidos hay muchas personas que no conocen aún el teléfono. Esta situación nos sitúa en el centro del problema, aunque no es el único factor que socava la distancia en la sociedad digital y crea el «no espacio» de los sin voz, frente a los que acceden sin problemas a la información.

Internet es, pese a todo, una red que permite la comunicación, la difusión de la información y que ésta llegue a muchos lugares y englobe multitud de temas y aportaciones, superando el maleficio del castigo divino en la Torre de Babel y perfilándose como una vía para el entendimiento y la circulación de la información.

Es evidente que la accesibilidad a los contenidos determina en gran medida que las personas adquieran ese bien al que nos referíamos más arriba. Muchos países tienen aún serios problemas en cuanto a las infraestructuras que hacen posible el flujo de la información, éstas o son escasas o, a menudo, inexistentes y con frecuencia se hayan muy controladas. El acceso y la conectividad a tecnologías de información y comunicación son clave para la integración de los países en la sociedad global del conocimiento, para el crecimiento en sectores claves de su economía; así como para las metas sociales, económicas y culturales de sus sociedades. Por esto, es innegable que han de ser incorporadas a los planes de desarrollo, tal como recomienda Naciones Unidas en el documento «Development and international cooperation in the twenty-first century: the role of information technology in the context of a knowledge-based global economy».

Si realmente Internet puede mejorar la comunicación, romper fronteras y distancias, acercar culturas y ofrecer una nueva mirada sobre el mundo o la aldea global en la que vivimos es preciso abogar por el acceso equitativo a las tecnologías, potenciar su uso coherente y competente y fomentar el valor y la apropiación social de éstas. Todo esto nos conduce a un proceso de alfabetización tecnológica que si bien requiere un despliegue de las infraestructuras necesarias, una estructura económica y una apuesta de la sociedad y de los estados, como cimiento necesario, va mucho más allá.

Pensar que la posesión de la información o, más aún, el acceso a la misma es ya la producción del conocimiento es un error de nuestros días muy extendido.

La información requiere una selección que se condiciona, evidentemente, por los conocimientos previos, ello es la clave de la tan traída y llevada construcción compartida del conocimiento y también de las fronteras que dividen a las personas, en este caso, en función de la cantidad de información que poseen, aunque más bien diríamos, en cuanto a la capacidad que tienen de procesar esa información.

El acceso a la información se puede entender desde dos perspectivas, ya que éste no

sólo depende de poder disponer de un medio o de Internet, como ya hemos expuesto, sino de saber hacer uso de la información. Esto último contribuye, a nuestro juicio, a la fractura, a la divisoria que resquebraja de forma drástica la «galaxia Internet», afectando con diferentes consecuencias a las personas en relación con su historia, su cultura y, lógicamente, sus estructuras sociales.

Castell (2001: 305) ha puesto de manifiesto que esto conlleva una serie de retos porque Internet se ha constituido en «una tecnología de la libertad, pero puede servir para liberar a los poderosos en su opresión de los desinformados y puede conducir a la exclusión de los devaluados por los conquistadores del valor». Así, la desazón de esta revolución sin precedentes en la historia de la Humanidad, por su vértigo, genera, como decíamos, reacciones contradictorias, entre otras las que anatimizan que «las promesas de esta nueva economía y sociedad que están emergiendo a partir de la invención tecnológica y la creatividad cultural» (Castell, 2001: 306) no han deparado el horizonte y el futuro de igualdad y equilibrio que se preconizaba y, por contra, se constata el deterioro del medio ambiente, el desempleo masivo, las oleadas de inmigrantes huyendo de la miseria de su países en pos de las mieles del Primer Mundo, la extrema pobreza de muchas zonas del mundo, el olvido de los atentados contra los derechos humanos, que no haya espacio en la Red... De este modo, entre los retos, que este autor señala nos interesan de forma especial los que se plantean en los siguientes términos:

a) Las redes de Internet proporcionan una comunicación global y libre, sin embargo la propiedad y el control del acceso constituyen el principal hándicap para la libertad.

b) El problema de la exclusión, lo que se conoce como la fractura digital, la brecha digital, la divisoria, es una realidad que cada vez evidencia de forma más contundente que quedarse desconectado de las redes origina la marginación por muy diversas motivaciones, entre las que nosotros destacamos las que se deben a la insuficiente capacidad educativa y cultural para utilizar Internet de forma autónoma y a la desventaja en la producción del conocimiento, del contenido comunicativo.

c) La integración de la información y la generación de conocimientos es un problema de la educación, de «adquisición de la capacidad intelectual necesaria para aprender a aprender durante toda la vida, obteniendo información digitalmente almacenada, recombinándola y utilizándola para producir conocimientos».

Basándonos en la importancia de la información y el conocimiento para el desarrollo de la sociedad, dado que la gestión del conocimiento se ha erigido como clave para el progreso, es fundamental ser conscientes de que el problema de nuestro siglo es la capacidad para acceder a la información y seleccionarla.

Los medios y las tecnologías, la educación crítica en sus lenguajes, la alfabetización, en definitiva, constituyen una asignatura olvidada o cuando menos pendiente. Umberto Eco (1996) lo exponía de una forma muy contundente hace ya algunos años, en una conferencia en la Academia Italiana degli Studi Avanzati : «En nuestra sociedad los ciudadanos estarán muy pronto divididos, si no lo están ya, en dos categorías: aquéllos que son capaces sólo

de ver la televisión, que reciben imágenes y definiciones preconstituidas del mundo, sin capacidad crítica de elegir entre las informaciones recibidas, y aquéllos que saben usar el ordenador y, por tanto, tienen la capacidad de seleccionar y elaborar la información. El usuario de Internet no puede seleccionar, al menos de un vistazo, entre una fuente fiable y una absurda. Se necesita una nueva forma de destreza crítica, una facultad todavía desconocida para seleccionar la información brevemente con un nuevo sentido común. En suma, lo que se necesita es una nueva forma de educación».

LA INFORMACIÓN PARA EL CONOCIMIENTO: LA ALFABETIZACIÓN

Los medios y las tecnologías han dejado de ser meras herramientas preparadas para servir a quienes las usan, para convertirse en parte del sistema cultural que las acoge. Nuestra sociedad se caracteriza por la realización de una producción a gran escala que se orienta al consumo de masas y por la influencia de la comunicación y la información en el ámbito de la actividad económica, la gestión política, el consumo, el ocio y, en definitiva, en todas las esferas de la vida, por lo que se ha alterado el orden de los valores sociales y el estilo de vida de las colectividades.

Internet ha contribuido a deslocalizar los saberes, deslegitimar su segmentación, modificando el estatuto institucional de los lugares de saber y de las figuras de razón, de manera que puede decirse que nos situamos en una nueva era de conocimiento, en la que no sólo se han descentrado las formas de transmisión y circulación del saber, sino en la que Internet pasa a convertirse en el escenario decisivo de la socialización.

El desarrollo histórico de la informática es vertiginoso por los avances tecnológicos que se superponen y simultanean produciendo una sensación inquietante de permanente desfase ante la rápida evolución, las transformaciones en los equipos básicos, en los componentes, en la actualización de los programas, en los nuevos periféricos que surgen, en las redes de difusión y su control, etc. Durante mucho tiempo, la información acumulada por la Humanidad ha crecido a un ritmo relativamente lento; sin embargo, en nuestros días «el incremento del volumen de conocimientos es tan rápido que cada vez resulta más difícil escribir un libro y publicarlo sin que haya perdido actualidad» (Bartolomé, 2000: 15). Este índice de vértigo en la transmisión de información provoca, indudablemente, una óptica muy diferente en el ámbito del saber y la adquisición del conocimiento. Podemos decir que se necesita, cuando menos, una actualización constante y sobre todo, un nuevo diseño de cómo organizar y acceder a la información. La abundancia de información permite «la progresiva disminución que se da al conocer como acumulación de conocimientos», es decir, «conocer es hoy algo más que ser capaz de reproducir nombres, hechos y conceptos» (Bartolomé, 2000: 15).

En este contexto, la socialización a través del espacio cibernético se manifiesta en una doble vertiente: cuantitativa y cualitativa. La primera es obvia, dada la abrumadora presencia de los medios y tecnologías de la información y de la comunicación en la vida diaria y su carácter referencial en cuanto a los modos de comportamiento, las formas de actuación y, en definitiva, los lenguajes. A modo de ejemplo, la televisión emite ininterrumpidamente durante 24 horas; hay canales y emisoras de televisión que multiplican la oferta hasta el punto que «el espectador podrá seleccionar sus programas de entretenimiento entre unos

doscientos o trescientos canales diferentes» (Chomsky y Dieterich, 1999: 162); unas 1.000 palabras nuevas se incorporan cada año ligadas al ordenador o al móvil (Pantaleoni y Martín, 2001); los directivos de *Movistar* se asombran porque los jóvenes les están enseñando para qué sirve su propio producto, ante el uso masivo de los mensajes cortos entre los adolescentes, cuestión que, por otra parte, preocupa a los docentes por la merma de las capacidades de expresión, ya que éstos escriben en su móvil más que en el papel, y la Red supera los límites de cualquier sistema de almacenamiento y difusión de la información.

Desde el punto de vista cualitativo, «el espacio cibernético será dicotómico, muy a la manera de la prensa escrita actual: habrá una dimensión para la elite informativa y otra para la indoctrinación de masas» (Chomsky y Dieterich, 1999: 162). Esto no es novedoso, pues desde la antigüedad, «desde los escribas faraónicos hasta el *scriptorium* monacal, el poder político y religioso se ha mostrado muy celoso de ofrecer al pueblo llano la clave de ese poder sobre la lectura y la escritura, conservando para sí tales prodigios de la civilización» (Correa García, 2001: 23).

Nos situamos ante otra de las claves de las desigualdades ahondadas por los medios y las tecnologías de la información y comunicación. En consecuencia, una exigencia de la sociedad de la información es la alfabetización sobre los nuevos medios y en los nuevos lenguajes como consecuencia de la urgencia de reconocer el fenómeno de la comunicación y la expresión en su realidad integral.

Los sistemas de comunicación, administración y gestión de la sociedad actual, han experimentado tales cambios que hoy día prácticamente pocas interacciones comunicativas o intercambios –como hemos ido viendo– se sustraen a esta maraña para muchos inexpugnable. Internet constituye en nuestros días un potente vehículo de transmisión, manipulación de la información y construcción del conocimiento. Esa consideración de inaccesibilidad o de dificultad ha de ir venciendo. En esta línea, nos parece fundamental la alfabetización tecnológica para tratar de evitar la «fractura digital».

La educación tiene que plantearse ser punto de partida para que emerjan movimientos alternativos que al menos reflexionen sobre esta realidad, se apropien de los recursos para entenderla y desarrollen los presupuestos científicos, morales y sociales que permitan recrearla, es decir, elaborar el conocimiento desde la selección a la que antes hacíamos referencia. El reto de la sociedad red no es otro que integrar las posibilidades de Internet en los procesos educativos para reflexionar sobre su lenguaje, su manera de informar y organizar el mundo, y sus poderosas armas para recrearlo y «construirlo».

Desde la educación pueden encararse los nuevos procesos de adquisición de la información para conseguir esa alfabetización tecnológica que planteamos como medida para evitar la «brecha digital». Es conveniente que desde ésta se faciliten y potencien estrategias que permitan aprender a tomar decisiones en el acceso a la información. Efectivamente, la informática, la navegación a través de la Red, permiten otras formas de acceso en las cuales se han de tomar decisiones continuamente. Buscar la información, valorar y decidir cuál interesa, seleccionarla entre la abundancia, estructurarla y organizarla, son destrezas fundamentales para comunicarse en la sociedad en la que vivimos, para una

construcción individual y diferente del conocimiento. Por otro lado, es especialmente necesario abordar la integración de los medios y sus múltiples lenguajes. En este aspecto, cobra una dimensión especial el uso de la informática. Es cierto que la construcción de mensajes visuales y audiovisuales no es todavía una tarea prioritaria; sin embargo, pocos piensan todavía que no haya de situarse entre las prioridades de cambio en la enseñanza, dada su cada vez mayor implantación en los discursos habituales de las personas. Los ordenadores ofrecen amplias ventajas para este «proceso continuo de traducción de lenguajes, códigos y canales, del visual al verbal, del audiovisual al escrito, y viceversa» (Bartolomé, 2000: 24). En la misma línea, Aguaded (2001) ha expuesto que «su nivel de impacto y transformación de las actividades, e incluso la *revolución* que anticipan es, si cabe, más profunda, sobre todo si tenemos presente su vinculación cada vez más nítida al mundo de los audiovisuales (a través del multimedia) y a las telecomunicaciones (a través de las redes), de forma que cada vez las fronteras que separan las tecnologías audiovisuales, informáticas, telemáticas y multimedia se diluyen más para confluir en un todo, basado en la digitalización de las señales de emisión y recepción».

La alfabetización que preconizamos en cuanto al medio Internet pasa por tener en cuenta por un lado la construcción del conocimiento y del sentido que comporta y por otro sus dimensiones en cuanto a códigos o soportes técnicos que traducen significados. Hay que explicitar, en consecuencia, su gramática, puesto que la gente utiliza el medio, navega, busca y acumula información, pero... no sabe por qué.

El simple uso y abuso de la Red no es suficiente para su dominio, sino que se requiere una reflexión crítica y un aprendizaje sistemático. La revolución de la era digital o de la «galaxia Internet» apenas se contempla como una realidad para la educación. Quizás porque la mayoría de los profesores y profesoras que se han formado en la cultura del libro y, en consecuencia, han conformado su saber produciendo, reproduciendo y distribuyendo significados a partir de la lectura y la escritura tienen dificultades en acceder a otro sistema de percepción y de construcción del conocimiento, otro modo de cultura, llamado cibercultura que abre paso a lo tecnológico y al interaccionismo simbólico.

Internet surge como nuevo lenguaje para la comunicación, esto es, lo que Requena (1991: 24) ha denominado «la segunda alfabetización». Si consideramos que la primera alfabetización tuvo sus raíces en un avance tecnológico tal como el de la escritura, hecho amplificado con la generalización de la imprenta, esta «segunda alfabetización tiene también su justificación en un hecho tecnológico, la aparición del ordenador en escena y precisando aún más, la culturalización que ha supuesto el microordenador, que ha permitido que la informática esté al alcance de cualquiera, al igual que la imprenta supuso una configuración de la sociedad de enorme impacto social y cultural».

LA COMPETENCIA MEDIÁTICA FRENTE A LA «FRACTURA DIGITAL»

Nos situamos ante nuevos entornos de comunicación, tanto humanos como artificiales, que han establecido nuevas herramientas, soportes y formas de interacción, de manera que el acceso a la información y la comunicación se ha diversificado, por lo que cada vez resulta más complejo comprender y abarcar las modalidades actuales de comunicación (Contín,

2000: 59-60). La Red permite que se trabaje desde la interdisciplinariedad y la cooperación, pues los hipertextos nos garantizan distintas visiones, ópticas, temas, perspectivas y niveles. Pero, lo más importante, desde nuestro punto de vista, es su capacidad de diversificar las rutas de acceso al conocimiento, o cómo se rompen los contextos físicos tradicionales de aprendizaje de manera que se facilita el contacto intercultural y los intercambios lingüísticos.

Las nuevas necesidades comunicativas y formativas que la sociedad actual demanda superan los límites del concepto tradicional de competencia comunicativa pues ahora se requiere algo más, una suerte de competencia hipertextual, para la que se precisan destrezas o habilidades para desenvolverse y navegar por las redes de la información, para enfrentarse a las tecnologías que permiten accesos al conocimiento muy diferentes, para comunicarse, en definitiva, en nuevos contextos.

Estamos acostumbrados a unos textos lineales, de una dirección y un recorrido de lectura. Sin embargo, en nuestro entorno, los procesos comunicativos, a menudo y cada vez con más insistencia, permiten varios recorridos, muchas veces simultáneos, interactivos... en los que convergen muchos lenguajes y signos. Necesitaríamos, como afirma Pérez Tornero (2000: 81), una «competencia hipermedia», es decir, «la combinación de una capacidad sobre múltiples lenguajes que convergen y, además, la destreza para gobernarse en una situación de comunicación que construyen las nuevas redes telemáticas multimedia».

La paradoja de sentirse desinformado e incomunicado, de verse sin voz, de no ser tenido en cuenta en la sociedad digital plantea el requerimiento de esta capacitación en comunicación. Las instituciones educativas deberían tomar cartas en el asunto y abordar de forma decidida nuevas perspectivas para el acceso al conocimiento, sobre todo, por la necesidad de que éste sea un bien social y se pueda llegar a él en igualdad de condiciones.

Sin embargo, es notorio comprobar cómo aún, y pese a la realidad de esa fractura o divisoria que cada vez nos resulta más vergonzante, la educación se resiste a afrontar soluciones y actuaciones que eviten que ésta, en cualquiera de sus manifestaciones, se afiance. Con frecuencia, está más preocupada por no perder su autonomía y la primacía en cuanto a la reserva de los valores y la cultura en una sociedad nueva y audiovisual situada en la Red, que aprende ahora los valores y se educa en unos modelos de referencia y de aspiraciones que proceden de los medios de comunicación, sobre todo, de la televisión, de la publicidad, y en los últimos años cada vez con más fuerza, a través de Internet. Estos valores y las pautas de comportamiento asociadas, los conocimientos y las representaciones del mundo que generan, los modos de socialización que dictan, nada o muy poco tienen que ver con los que aún sigue amparando la institución educativa.

Pero ella es, de alguna manera, la que puede tender los puentes que salven esas grietas que resquebrajan y dividen el mundo en cuanto a los conocimientos y el desarrollo. Internet y su poderosa influencia en la transmisión de la información y el conocimiento nos conducen a plantearnos que quizás, los esquemas de las culturas deban ser interpretados con claves más abiertas y flexibles, a manera de mosaico de saberes, permeables, intertextuales... Pero

también habrá que formarse en una cautela hacia las veleidades tecnológicas, hacia los temores y subterfugios que éstas pueden arrastrar, porque el conocimiento de sus códigos y de sus estrategias para la difusión y circulación de contenidos nos permite entender que la información que se difunde responde a criterios e ideas, a intereses y poderes, con lo cual ésta no es tan transparente ni tan libre. Al mismo tiempo, la alfabetización puede dotar de recursos que permitan la incorporación de otros saberes, otras visiones del mundo, otros espacios que hoy por hoy se excluyen y relegan mostrándose un mosaico en el que siempre predominan algunas formas y algunos colores en detrimento de otros.

La educación que integre las estrategias de la comunicación de esta sociedad mediática y digitalizada es la vía más segura para formar ciudadanos libres e independientes que puedan discriminar, seleccionar y acceder con criterio a la información para construir el conocimiento. Al mismo tiempo, consideramos que se perfila como el arma más eficaz contra las fracturas que propicia el desbordamiento de la incompetencia mediática que beneficia a aquéllos que quieren salvaguardar sus valores, sus visiones y su dominio por encima de los demás.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUADED, J.I. (2001): *Medios de comunicación en las aulas*. Huelva, Universidad de Huelva, Grupo de Investigación Ágora.
- AREA, M. y OTROS (2001): *Educación en la sociedad de la información*. Bilbao, Desclée.
- BARTOLOMÉ, A. (2000): «Sociedad del conocimiento, sociedad de la información y escuela», en *Textos de Didáctica de la Lengua y la Literatura*, 24; 13-28.
- CASTELL, M. (2001): *La galaxia Internet*. Madrid, Plaza & Janés.
- CONTÍN, S.A. (2000): «Internautas del idioma: ¿Cómo desarrollar la competencia hipertextual en los adolescentes?», en *Textos de Didáctica de la Lengua y la Literatura*, 24; 59-71.
- CORREA GARCÍA, R.I. (2001): *La sociedad mesmerizada. Medios, nuevas tecnologías y conciencia crítica en educación*. Huelva, Universidad de Huelva.
- CHOMSKY, N. y DIETERICH, H. (1999): *La aldea global*. Tafalla, Txalaparta.
- ECO, U. (1996): *Conferencia en la Academia Italiana degli Studi Avanzati*. EEUU, 12 de noviembre.
- PANTALEONI, A. y MARTÍN, J. (2001): «Internet, la nueva economía y el móvil conmueven el español», en *El País*, 4 de enero; 6-7.
- PÉREZ TORNERO, J.M. (Comp.) (2000): *Comunicación y educación en la sociedad de la información*. Barcelona, Paidós.
- POSTMAN, N. (1994): *Tecnópolis. La rendición de la cultura a la tecnología*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- REQUENA, A. (1991): «Alfabetización informática», en SÁNCHEZ, S. (Dir.): *Tecnología de la Educación*. Madrid, Santillana; 24-25.
- UNITED NATIONS (2000): «Development and international cooperation in the twenty-first century: the role of information technology in the context of a knowledge-based global economy», en *Economic and Social Council*. 18 May 2000. <http://www.un.org/>

[documents/ecosoc/docs/2000/e2000-52.pdf](#)

